
LIBRO

Tomás Moulian: *Chile actual. Anatomía de un mito*
(Santiago: Lom, Arcis, 1997.)

VERDAD Y MITO DEL CHILE ACTUAL

Joaquín Fermandois

El fenómeno Moulian

Se encuentra la vida intelectual de Chile en una “calma chicha”, como dirían los marinos? En esta sociedad la paz social y el desarrollo económico, inauditos si nos transportamos a no hace mucho tiempo atrás, han sido asumidos a cambio de una distensión marcada en la relación de los habitantes con su *polis*. A esto se le podría llamar “conformismo”, un estado de ánimo que llevaría a la complacencia mecánica frente a las oleadas apabullantes en las que consistiría un mercado mundial, ante el cual operamos con la imitación y no con la apropiación, y menos con la creación.

En cuanto pensamos nuestro tiempo con estas pinceladas nos asalta la duda: ¿cuál de estos fenómenos es propio de nuestra época y de este país? ¿Su simple hecho de existir o su intensidad? Como sea, lo cierto es que en el caso del *Chile actual. Anatomía de un mito*, de Tomás Moulian, se podría repetir lo que John Stuart Mill opinó de la aparición de *La democracia en América*: que “ha sido la rara fortuna del libro de De Tocqueville haber logrado un triunfo fácil, tanto sobre la indiferencia ante la especula-

JOAQUÍN FERMANDOIS HUERTA, Doctor en Historia. Profesor del Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile y de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

ción profunda, por parte de un público acostumbrado a la vez a la indolencia y a la actividad agitada; como sobre el obstáculo [...] de que la obra provenga de un extranjero, amén de francés”¹. Lo segundo no se aplica al caso de Tomás Moulian, pero su protagonismo en medio de un público que podría parecer indiferente sí que es atinente. La publicación de un libro de este tipo rara vez cumple su destino de llegar a un público. En el caso de Moulian, la obra figura durante meses entre los “más vendidos”, aunque no sabemos si igualmente leído, y no parece comentado. No por ello el autor de *Chile actual. Anatomía de un mito* merece menos una reflexión.

El autor viene de la sociología aunque, como es natural, sus escritos no se dejan clasificar meramente en esa disciplina. En parte politología, en parte sociología política, en parte historia contemporánea, sus trabajos han influido de manera clara en la interpretación académica y, en parte, pública del desarrollo del país de las últimas décadas. Ha sido influyente y actor de los debates político-intelectuales al interior de la izquierda en los últimos treinta años. Usa abundantemente, por ejemplo, la noción de “Estado de compromiso”, que ha sido la etiqueta quizás más feliz para caracterizar a la República democrática ca. 1938-1970. Su contribución al cambio de categorías para enfrentar la democracia al interior de la izquierda, de aquella que en lo fundamental se quedó en Chile en los años del gobierno militar, ha sido de las más importantes. En parte actor de la “renovación socialista”, en parte crítico de la facilidad con que la mayoría de la antigua izquierda se adaptó a los cambios de la segunda mitad de los años ochenta, Moulian, ni en lo uno ni en lo otro tiene mucha compasión de sí mismo al momento de recordar estos vaivenes, que fueron los de una generación. Ésta es una virtud rara.

No oculta la emoción fundamental que lo mueve, cómo dar una respuesta intelectual a los cambios que el país ha experimentado, que descolocaron a la izquierda, y que a la vez posibilitaron que la mayoría de esa izquierda fuera protagonista de una nueva situación, inédita antes para ella, incómoda y excitante al mismo tiempo. Otros —una minoría de esa izquierda— rumian en los márgenes, no de una heterodoxia, sino de la ortodoxia que siempre llega a ser todo ímpetu de cambio total. A estos últimos se les une un coro de “chilenólogos”, expertos extranjeros que sienten nostalgia de los años en que este país, por amor y/o interés, les ayudó a escalar en su carrera académica, y que además colmaba sus deseos de redención universal. Utopía o antiutopía, el Chile de Allende y de Pinochet encajaba dentro de la tensión de la época de la Guerra Fría. El Chile de la

¹ John Stuart Mill, “M. de Tocqueville on Democracy in America” (1840, 1985).

Concertación, o “actual”, que va mucho más allá de la coalición de partidos gobernantes, les parece representar la opacidad y automatismo de la “política post-moderna” o “post-ideológica”, sea lo que sea que signifiquen estos lugares comunes.

Lo cierto es que un propósito central del libro es protestar contra el resultado que dejó en el Chile de los noventa la era de las “querellas ideológicas”. Moulian protesta contra el desenlace, pero también desmenuza implacablemente lo que ve como los yerros de quienes empujaron en otra dirección. No pertenece al género de los histríonicamente escandalizados, aunque sí al de los que experimentan heridas de escándalo por el resultado de la segunda mitad del siglo en este país.

El título del libro ya es problemático, puesto que en una obra de lenguaje no poco exigente se echa de menos una reflexión acerca del concepto de “mito”: ¿mentira? ¿ilusión? ¿forma fabulosa de narrar el origen de nuestro presente? También hay que recordar el tema del “mito post-racional”. Como lector de Mircea Eliade desde los días de estudiante universitario, el autor de estas líneas vacila antes de emplear el término “mito” con ligereza.

Tengo una razón adicional, que también se entrecruza con lo autobiográfico, y es que fui testigo de los “tiempos de desmitificación”. Hacia fines de los años sesenta no había discurso universitario que no pasara por la “desmitificación”. Como todo lenguaje meditativo que se olvida de las condiciones de su verdad, se transforma a sí mismo en una suerte de “mito”. Tras la “desmitificación” se han amparado no sólo los mayores conformismos, sino que el lenguaje más represivo que pueda haber en contra del intelecto, la combinación de poder con “verdad ya encontrada” (y final). Lo más común es encontrar la eterna repetición deslustrada de que se va a “destruir un mito”, “denunciar una máscara”, “atreverse a transgredir”, lugares comunes que se repiten en escritos de otra manera valiosos. Toda realidad, la de hoy y la de mañana, tanto como la de ayer —temo caer en un lugar común—, está y estará siempre algo velada por la “mistificación”, y animada por el mito “post-racional”, que tiene tanto de artificioso. Las capillas intelectuales también operan no pocas veces encerradas en sus torres del orgullo del mito.

El acto de conocer es más limpio y aventurero cuando simplemente se pone en actitud genuina (o in-genua) de tomar lo desconocido con un fundamento conocido, pero que en esa misma incorporación modifica lo segundo, aunque rara vez lo *emadecce*. No hay balance más inestable, ni osadía más peligrosa que la discreta y tranquila mirada sobre esa auto-transformación en que consiste todo conocimiento. No es raro que el deseo

(e interés) de conocer pueda referirse a la ambigüedad de la existencia como “mito”. Por esto, en un libro no ligero, en donde no se evita recurrir a definiciones provistas de hermetismo, el status de “mito” debió ser aclarado en alguna parte.

Su lectura no está, sin más, al alcance de todo el público lector. Combina el lenguaje sencillo, llano, con otro proveniente de la ciencia política y de la sociología, con sus exigencias y también con algunas de sus pedanterías. Leer este libro requiere un cierto grado de familiarización con la historia de las ideas, especialmente del siglo XX. Esto constituye un activo de la obra. Vivimos en una época en la cual el autor está sometido a una implacable demanda de brevedad, que está bien; y de “facilidad”, lo que tras la aparente sencillez esconde sin embargo una trampa mortal. Se renuncia a toda exigencia que se le pueda hacer al lector; se confunde la claridad deseable con la instrumentalización de la palabra. “Lenguaje claro” pasa a ser sinónimo de “utilidad” y “entretenimiento”.

En el caso de Moulian, aspira confesadamente a la hibridez entre el puro lenguaje ensayístico y el lenguaje de las obras de texto, de “erudición” —dicho con tonalidades inescapablemente despectivas—, y esto constituye un buen objetivo. Mas, salvo que creamos que se debe organizar una suerte de “conocimiento universal” (o “global”, siguiendo cursilerías de moda), que pueda abolir todas las disciplinas en aras de una especialidad también “híbrida”, como el mismo autor señala, el ancla del conocimiento aún está en la monografía disciplinaria, aunque ésta sea constantemente redefinida por el movimiento de las ideas. Desde luego, la especialidad debe incluir también al lenguaje ensayístico.

Un libro *también* debe presentar un desafío a la inteligencia de la persona que lo lee, que es lo que le permite crecer en su espíritu; el lector se enriquece con lo que leyó y con lo que puede excavar y descubrir en sí mismo, lo que viene a ser el verdadero atesoramiento. Bienvenida la circunstancia en que el ensayista y autor es además un maestro del lenguaje. En lengua española, Ortega y Gasset dejó una vara alta de herencia y una fuente de inspiración. En los grandes, aun en medio de la austeridad de la expresión, la profundidad y la inteligencia producen una sensación de arroamiento, que no es más que la “belleza de pensar”. En Moulian, el estilo no es producto de una intención estilística, aunque, como se verá, transmite convincentemente un tono de indignación moral que el lector califica, pero que adivina está más allá de las afectaciones de moda. Es decir, aquí su prosa tiene dignidad.

En el autor, la confesión ensayística está relacionada con una meta adicional, la de “transgredir” el canon y, quizás, todo pensamiento canóni-

co. El asunto es que, a pesar de estas intenciones, existe más de *un* pensamiento canónico. Creer que un lenguaje pulcro no permite la ambigüedad indispensable para aprehender lo recóndito y paradójico de lo que se quiere comprender, no es más que una suposición anclada en determinado canon, la idea de que lo que no se anuncia como fuerza carece de valor para el conocimiento.

Las continuas referencias que hace Moulian a Foucault y Derrida van más allá de una inspiración intelectual. Ya, al colocar el índice del libro al final revela francofilia, respetable por lo demás. También el uso de algunas imágenes no se sustenta necesariamente en la cadena de ideas:

La potencia generada por la explosión social, revela la labilidad de todo lo establecido y deja espacio al recambio de protagonistas, a la aparición en el escenario histórico de fuerzas nuevas (p. 20).

¿Es tan fácil definir lo que es una “explosión social?” Ya se ha escrito bastante acerca del mito de las masas en el *origen* de las revoluciones. Si estamos hablando de “revolución”, los ejemplos del siglo en Rusia, China y Cambodia, antes que de explosión, ¿no nos hablan de un disciplinamiento como nunca antes se había dado en la historia de Occidente (qué también en cierta medida ha sido la historia de las culturas del Asia moderna y de otras partes)?

En cuanto a la segunda parte de su oración, sobre “fuerzas nuevas”, Moulian critica de manera contundente el determinismo del marxismo clásico. Esto es, la carencia en la mecánica natural de la historia; sin embargo, el lenguaje escogido por él insinúa un determinismo. Aquí también se desliza una referencia canónica. Hasta cierto punto todos las deslizamos en la escritura. Lo que no se debe hacer es plantear un pensamiento como “no-canónico” teniendo como base un tipo de canon, aunque sea uno que no interfiera de manera patente en las ideas que se expresan. En esto se encuentra un mérito de Moulian, en reducir su propia —y quizás no confesada— referencia canónica para apuntar hacia lo que muestra, una valoración altamente negativa de gran consistencia.

El libro tiene una estructura que podría ser considerada novedosa. Comienza por el final, no como un escenario introductorio, sino que como una estrategia que para el autor parece ser importante. Dividido en tres partes, con varios capítulos cada una de ellas, es en la primera donde se lleva a cabo la vivisección del “Chile actual” desde el ángulo del autor. En las dos partes siguientes nos conduce por un hilo que muestra otro estilo. En la segunda, después de un corto capítulo sobre la Unidad Popular, se detiene a estudiar el carácter del gobierno militar en los años setenta, la

“fase terrorista”. También se detiene aquí en la preparación de una estrategia por parte del gobierno y su equipo, y en las primeras reacciones de la oposición de entonces. En la tercera parte se esparce en la “dictadura constitucional” (en absoluto un mal título), que incluye la tremenda crisis económica de la primera parte de los años ochenta, como también las “protestas” y la transición posterior. Termina con una reflexión acerca del valor del conocimiento histórico e historiográfico, así como del lugar del sujeto cognoscente.

Aunque la disposición no carece de su efecto espectacular, en esta era de los *showmen/women*, se excusará a un autor (y a todos nosotros), quien evidentemente no es un transador profesional, que emplee algún artificio modesto de llamado de atención. La organización de una obra no es algo fácil y admite muchas formas. Con todo, esto no me impide creer que la forma de articularse del libro no reviste mayor importancia al momento de explicar y comentarlo. Por eso aquí se adoptará otro modo, la de seguir el desarrollo cronológico de los hechos. Se comentará la segunda, tercera y primera parte, en ese orden. Cada una de ellas tiene una lógica bastante cerrada en sí misma, lo que nos evita el peligro de hacer un mero resumen. Se hace excepción con el Segundo Epílogo, con el cual me permito comenzar.

Fuerza e ilusión del conocimiento histórico

Las disciplinas tienen muchas veces una validez convencional, “canónica”, si se quiere. Con todo, cuando la escritura abandona lo que pueden ser sus márgenes estrechas, su capacidad de explorar tiene una relación alimenticia con lo que la lectura de cada disciplina le ha entregado. El lenguaje de la disciplina, por su parte, se alimenta de muchos otros. Parece ser una cadena lúdica, sin fin, pero en la historia del pensamiento no hay disciplina que haya sido abolida; algunas han generado a otra, o a muchas otras.

La historia como ciencia en el siglo XIX comprendía buena parte de lo que hoy se llama sociología, también casi toda la “ciencia política” y no poco de antropología. Cuando se habla de la pérdida de referencia del historiador en la sociedad de fines del siglo XX, en el Chile de buena parte del siglo XX —con un cambio importante en los últimos *ca.* 20 años—, se olvida este hecho elemental. También en Chile, país de historiadores, existe en general una fuerte imagen histórica y una cuota mítica (en el mal sentido), pero escasa lectura histórica. Se habla del débil recuerdo histórico,

pero se olvida que no es algo nuevo, por lo del “pago de Chile”. Se volverá más adelante sobre este asunto.

Se trata de un libro dolido, quizás doliente. El autor, aunque no lo dice de esta manera, está humillado por el débil recuerdo histórico. Se siente engañado por los recodos de la historia, y la “anatomía” es su protesta universal contra el resultado de la historia, lo que incluye evidentemente sus propios propósitos de hasta hace una década. Cada cierto trecho recuerda que fue actor, y no teme confesar lo que ahora mira como un error de apreciación de entonces. Queda en el aire una impresión contrita por parte del autor ante esta fase de su pasado, aunque no se distancia claramente de ella. Uno queda con la inevitable idea de que, para el autor, el reconocimiento de que hubo un camino equivocado (la Unidad Popular) no abrió “las alamedas” a una esperanza, sino que al “páramo del consumidor”, como define básicamente al mundo público del “Chile actual”.

La tesis de que el conocimiento histórico “puede convertirse en un instrumento de la acción histórica” ciertamente no es nueva. Como tampoco lo es la otra de que hay que huir de “una linealidad” de la historia, es decir, la historia como la realización de una meta necesariamente superior, “mejor”, o la historia como “progreso”, la historia como “finalidad”... Repitiendo párrafos de Nietzsche y Foucault, Moulian llega a la conclusión —acentuando un rasgo hermético de su lenguaje—, de que la historia no es un “campo de fuerzas”, sino que “campo de enfrentamiento azaroso (pero en condiciones dadas) de estrategias y deseos”. Es su forma de escapar del sortilegio y cadena del determinismo histórico, aunque en no pocas partes, y en la impresión general con la que uno queda, parece reafirmarse en él. Esto tiene que ver con su tesis acerca del “transformismo” y de la búsqueda de un sustrato general para la historia.

El autor, que ha aportado al conocimiento historiográfico en Chile, parece no estar, sin embargo, familiarizado con la lectura de la producción historiográfica. A cualquier historia política —¡incluso a veces a la de sesgo marxista!— le ha sido connatural considerar que a un desarrollo determinado le caben varias alternativas posibles, aunque no infinitas. El desear una posibilidad, o varias, viene a ser por un instante una dolorosa pérdida de lo que era posible; sólo que el resultado sigue poniendo al hombre ante nuevas coyunturas. Una vez más, el “yo soy yo y mis circunstancias” se va revelando como la sustancia de la existencia humana y de la historia. En el caso del marxismo, la intensificación de la historicidad por medios políticos debía llevar más allá de la historia, superando el reino de la “necesidad”. Pero desde el punto de vista de la historiografía —y de lo más representativo de la ciencia política—, la idea de que la condición histórica es un dilema “azaroso” parece una obviedad.

El autor considera que un aporte fundamental de su parte es reconocer el carácter “azaroso” de la historia. Pero de este campo de lucha parecen estar excluidos los “actores individuales”, es decir, las personas. Se trata del viejo debate acerca de la importancia de los “personajes” en el decurso histórico, sólo que ahora estamos más conscientes de que cualquier persona puede ser un “personaje” en su propia circunstancia. Para Moulian, las personas no deciden; al menos eso es lo que trasluce. Estos personajes parecen ser meras representaciones individuales del campo de lucha de fuerzas impersonales. El retrato que hace de muchos rasgos y dilemas del gobierno militar tiene muchos puntos a su favor; extrañamente, sin embargo, no hay ningún rastro de querer analizar, por ejemplo, a Pinochet como persona, algún trazo de “retrato psicológico”, a pesar de que el autor anota lo fundamental que fue su emergencia como el líder máximo. Las personas nos eluden en su carácter oloroso y complejo, y me parece que aquí hay un cierto aire de irrealidad que se hace patente en este análisis en otro sentido inteligente.

Existe además el peligro de confundir el conocimiento histórico con la acción humana *en* la historia. Que el primero, sobre todo en su difusión, es muchas veces un ingrediente para la acción, está más allá de toda duda. Pero al querer dirigir la pregunta cognitiva según el criterio de lo “históricamente válido”, como acción consciente e imperativa, abandona el espacio de sabiduría posible, el que es proporcionado por la *curiosidad intelectual*, o el “interés de conocer” según lo definiera Karl Mannheim. El conocimiento puede morir si le falta el aire de la realidad externa; puede morir asimismo si se cree que es puramente funcional a un “sistema”.

¿Sueño o pesadilla? El caso de la Unidad Popular

Los tres años de la Unidad Popular constituyen un nudo axial en la historia de Chile de la segunda mitad del siglo. Que la transformación del “Estado de compromiso” tenía que terminar en el 11 de septiembre y en gobierno militar (y de Pinochet), no era algo inscrito en el destino inexorable de los chilenos. Pero hechos y decisiones llevaron al desenlace. La Unidad Popular es la más poderosa referencia del gobierno militar, y en el silencio que se la tiene entre los antiguos partidarios y (en parte) entre los opositores se revela con igual fuerza su protagonismo en la construcción de la realidad, claro que como contra-ejemplo, tácito la mayor de las veces.

De manera un tanto asombrosa para el lector, Moulian le dedica pocas páginas a la Unidad Popular. Desde luego, no se trata de falta de

ideas o de temor a exponer el tema, cosa que ha efectuado profusa y fecundamente en varias otras obras. Aquí, en cambio, es un convidado de piedra. Las referencias a este período hablan de un “sueño”, de un “autoengaño”, una creencia en “la excepcionalidad del caso chileno”. Se habría usado una retórica inflada e inflamada, pero no se habría tenido la consecuencia de pasar a la acción revolucionaria. Se aterró a una parte de la población, pero no se tenía una respuesta para la violencia que fuera a desencadenar aquélla:

El síndrome del idealismo humanista se revela en la ilusión del hablar transparente, reflejado en el anuncio, más profético que político, de la hegemonía de la clase obrera, de la dictadura del proletariado, de la expropiación de los expropiadores. Lo hacían sin hacerse cargo de que se estaban lanzando “bombas de racimo” discursivas sobre el sólido y pragmático sentido común de las clases medias y de una parte no desdeñable del mundo popular (p. 161).

Sin menospreciar la fuerza de estas palabras para interpretar la realidad, hay un elemento que queda fuera de este análisis y que pone en duda el aserto de “idealismo humanista”. En sus comienzos, la Unidad Popular sabía que no podía llevar a cabo una política directamente revolucionaria; pero también sabía o intuía que su programa sólo era posible dentro de una “profundización de las contradicciones”, que significaba una erosión en etapas del sistema institucional. Quizás lo único sensato que Fidel Castro dijo en su agotadora y desgastadora visita a Chile, fue que no presenciaba una revolución, sino que “un proceso revolucionario”. Es la mejor forma de definir lo que fueron los tres años de la Unidad Popular. Por cierto, para sus partidarios se trataba de la “construcción del socialismo”, “conquista del poder por la clase obrera”, “liberación antiimperialista”... A propósito de mitos, no olvidemos que mucha ciencia sostenía que éstas eran *las* verdades evidentes.

Lo fundamental para el análisis de este libro es que frente al “proceso revolucionario” se *tenía* que dar también un estado de ánimo anti-revolucionario, que también —aunque aquí han sido más poderosos el azar y la voluntad— *podía* desembocar en una “revolución contraria”, según la famosa expresión de De Maistre. El marxismo podía cohabitar en el sistema político chileno; pero no podía ni sabía como hacerlo en el poder, *sin* erosionar sus bases. Tanto la política expropiatoria, en la forma y en el fondo, como la movilización y confrontación le eran inevitables una vez en el poder, y ellas disolvieron el espacio de respetabilidad y autocontención sobre las que se sostenía el sistema pluralista en Chile. No podía haber un

camino intermedio, porque el “revisiónismo”, la única opción para el socialismo democrático, tal como lo dijo Eduard Bernstein hace 100 años, era anatema para la izquierda chilena de los sesenta y los setenta.

Se lo impedía el horizonte hacia el cual se orientaba, el “socialismo real”, los sistemas marxistas. No hay nada de los años de la Unidad Popular, ni en la forma ni en el fondo, que desmienta esta orientación. Éticamente se presentaba como una exigencia imperativa, no como parte de una conjura. En la carrera hacia el objetivo se fortaleció el antimarxismo, que en Chile era en cierta manera más antiguo que el comunismo. Más que con las “Intervenciones”, a las que el autor no las toma en serio, es aquí donde se desencadenó la Guerra Fría en toda su intensidad en estas costas del Pacífico sur.

De paso, anotemos que una debilidad del libro de Moulian es que no se preocupa por explicitar el simple hecho de que Chile es parte de una sociedad internacional, de la “política mundial”. Aunque no desmiente esto, por supuesto, el análisis del autor da la impresión al lector desprevenido de que los hechos suceden al interior de un átomo desvinculado de todo universo externo, que suceden por la pura concatenación de fuerzas de ese actor llamado Chile. Más adelante se volverá sobre este asunto; por ahora baste con decir que los actores chilenos aprendieron su lenguaje y una parte de su desempeño a la luz de las grandes orientaciones de la sociedad planetaria del siglo XX. Esto sigue teniendo su curso en la actualidad.

También bajo la palabra “miedo” se descuida la acumulación consistente de odio que desencadenó la Unidad Popular en los años de su gobierno; se han estudiado las estrategias de la oposición de entonces, pero se ha hecho menos con el desencadenamiento de violencia moral y física por parte de la Unidad Popular. Conociendo, además, las experiencias del siglo en las revoluciones y gobiernos marxistas, y la dinámica interna chilena, un afianzamiento del poder total por parte de la Unidad Popular hubiera terminado por crear un aparato no muy diferente al de la DINA. En las experiencias análogas del horizonte paradigmático (los sistemas marxistas), así ocurrió sin excepción, lo cual fue leído de esta manera por la oposición de entonces.

Todo esto no debe engañar hacia lo que apunta certeramente el autor, que los años de la Unidad Popular tuvieron un carácter de *fiesta*, de acto lúdico y alegre, pero como elemento añadido: como una “fara”, según sería lugar común repetirlo durante el gobierno militar. Por lo demás, las fuerzas movilizadas de la oposición, aunque en menor medida, también experimentaron este mismo carácter festivo.

Por más que se diga que en Chile, después de 1973, ya no se puede decir que haya una “historia ordenada”, en el patrón de largo plazo el centro de gravedad tiende a ser el centro (izquierdas, centro y derechas que convergen en el centro). Por tanto, era más probable que, en caso desesperado, el promedio prefiriera la contrarrevolución. Como en muchas partes del mundo, éste fue el caso de Chile en 1973. Pero así como sectores de la “contrarrevolución” experimentaron un proceso de “autovalentonomiento” que después no sólo legitimó el “11”, sino que al gobierno militar, la subcultura de izquierda marxista en los años sesenta se encerró en su mundo imaginario orientado hacia el “socialismo real”. Para el otro lado estaba claro que aquél contenía a GULAG, quizás menos por el conocimiento de los hechos que por la excitación de las querellas ideológicas a lo largo del siglo (y no solamente por la Guerra Fría o por la CIA, como manidas voces insisten en afirmar). Cuando en la política de algún país el horizonte paradigmático se ha orientado, por ejemplo, hacia un régimen de tipo fascista, es inevitable que muchos piensen en Auschwitz.

Frente a las teorías de que cierto tipo de desviación política es mucho peor que otras, una vez pasado el temporal de los debates parece emerger el hecho de que fuera del marco del sistema político abierto, del sistema (políticamente) liberal, el hombre “común y corriente” se puede transformar en cualquier cosa². Al buscar una redefinición de la identidad política del país de manera drástica, el futuro fue puesto en una balanza que no tenía por qué inclinarse hacia el lado colocado por el que hizo la propuesta. Aunque podría haberlo hecho en el “campo de enfrentamiento azaroso”, que los actores de la época entendieron muy bien.

Reacción, revolución y “transformismo”: Interpretación de los años del gobierno militar

Es la parte más extensa del libro. No era para menos, ya que el gobierno militar se extendió por más de 16 años, y aunque no sostiene la tesis banal de que el Chile de los noventa no es más que la continuación de Pinochet, ve el presente como una distorsión de lo que debió haber sido. A mi juicio, es la parte que más aporta al conocimiento de la historia contemporánea de Chile. Como en otros trabajos de Moulian, es valioso no tanto por el aporte de nuevos hechos o materiales, sino que por la forma de ordenarlos y pensarlos, labor no pequeña, por lo demás.

² Sobre este tema véase István Deák, “Memories of Hell” (1997).

Efectivamente, muchas páginas de esta parte pueden leerse como una simple historia contemporánea del país, en donde se pueden discutir algunas valoraciones, pero que ilumina con destreza los intrincados lazos entre el desarrollo político (del poder), los pasos constitucionales, la estrategia económica, la posiciones de diversos actores y las primeras reacciones y reposicionamiento de la antigua Unidad Popular y de la Democracia Cristiana. El lenguaje está recargado por expresiones propias de la jerga de los politólogos y debe entorpecer la lectura del público no especializado (“dispositivo poder”, “dispositivo saber”...); y, nuevamente, no está exento de una tonalidad hermética.

Muestra con rigurosidad —aun en el estilo libre del ensayo— el afianzamiento de Pinochet en el poder; pero nos deja con aire incrédulo al no ver pugna entre personas concretas. Como se decía antes, el factor humano se le escapa completamente, porque parece que, a juzgar sólo por este libro, no le interesa en absoluto. Al hablar sobre el plebiscito de 1980 dice: “Se recurrió a una elección para refrendar la Constitución pero manteniendo la lógica de que el proyecto representaba la verdad y el bien. Entonces la elección solamente podía ser instrumental”. Aquí la despersonalización alcanza esos límites de irrealidad a los que se aludía antes. Es difícil que con esas palabras se pueda describir un “proceso de toma de decisiones”; además, puede ser visto como lenguaje moralista. En cambio, las mismas frases podrían describir el mecanismo psicológico e intelectual que se despliega en la mente y alma de cada uno de los responsables. También hay que decir que cuando quiere maneja datos, con el mérito de que no son escogidos al puro azar, y es cuidadoso en la rigurosidad de la exactitud, como en la confiabilidad de la fuente.

La arquitectura de la realidad es convincente: todo el desarrollo que va de las Actas Constitucionales, pasando por el discurso de Chacarillas, hasta llegar al nacimiento intrincado de la Constitución de 1980. No tiene ningún miramiento en afirmar que las primeras reacciones de la izquierda, en “la fase de la dictadura terrorista”, al calificar al régimen como “fascista”³, concitaron ayuda y simpatías europeas, pero se les escapó la verdadera comprensión de lo que pasaba en Chile. En una de las escasas referencias al factor internacional y a la política mundial, pero dentro de la despersonalización del análisis, afirma:

³ El autor tiene claro que el apelativo de “fascista” no es aplicable al caso chileno. Pero lo usa en alguna ocasión: “La temática fascista de esta alocución es abrumadora: la crítica a los intelectuales, la sobrevaloración de los soldados, la afirmación de la omnipotencia del poder y de su derecho para matar a los hombres” (p. 185). Además de describir muchos “no-Estados de derecho”, esta cita también podría servir como exposición de la experiencia de todos los marxismos en el poder.

La revolución capitalista materializada por los militares era compatible con la época histórica y representaba un avance dentro del desarrollo capitalista [...]. En un mundo caminando a la globalización, la dictadura militar chilena aprovechó la pendiente, aunque los primeros años estuvo remando contra el curso de las aguas. Su lucidez estratégica básica consistió en percibir que había terminado la hora del “capitalismo social” establecido por el Estado (pp. 260 y ss.).

Es un párrafo que ostenta brillo; resume el movimiento básico de gran parte del gobierno militar. Sólo que, nuevamente por la despersonalización, este tipo de lenguaje puede ser sustituido por otro (“previsoriamente, Pinochet y sus asesores concluyeron que el estatismo era incompatible con la evolución de la economía internacional y los intereses del país”) con el mismo poder descriptivo. Esto quizás sólo pruebe que el autor puede mirar la realidad histórica sin más distorsiones que las inevitables en todo juicio. Adicionalmente, Moulian no teme superar un tabú de la izquierda tradicional, y puede bautizar la política de un régimen básicamente antimarxista como “revolucionario”, lo que hubiera sido imposible en la tradición del pensamiento marxista.

Al explicar la “fase terrorista”, pareciera que Moulian nos acerca a una comprensión íntima de esta protesta contra el “Chile actual”, que es la consistencia más íntima de su obra. Se detiene largamente en “los dispositivos de una dictadura revolucionaria-terrorista”. Para el autor aquí se halla un elemento *esencial* del régimen: “Mientras en el campo de la propiedad, de los contratos y del derecho civil o comercial se tendió a fortalecer la certidumbre jurídica, en el campo político se instaló una incertidumbre total” (p. 218). Y también:

La crueldad de la dictadura militar chilena fue impersonal. No se explica por tanto como psicopatología de los individuos, como propensión sádica de “elementos desquiciados”. Ella fue la consecuencia necesaria del funcionamiento de un régimen, de un tipo de dictadura. El terror es una necesidad absoluta del poder total, la crueldad es solamente una subjetividad funcional, sin cuya existencia el terror sería irrealizable (p. 177).

Nuevamente, limitar la comprensión de un fenómeno estrictamente al lenguaje de una disciplina de este tipo crea divisiones artificiales. Asimismo, aquí se puede observar de nuevo cómo, con todo, al autor le cuesta aceptar el “azar”, con su necesidad: el hecho de que al romperse un dique de contención los siguientes pueden ser cada vez más vulnerables. El “sis-

tema” de antes de 1970, tan criticado antes y después de la Unidad Popular, tenía esos diques todavía robustos. La destrucción en palabra (y acción) en los años siguientes haría que muchos reevaluaran lo permanentemente valioso de los años del Estado de compromiso.

Pero no nos alejemos del porqué de la insistencia en la “fase terrorista”. Es uno de los ejes del libro. Éste se abre como una protesta contra lo “actual”. Parte de lo deplorable de nuestro tiempo, para el autor, es el *olvido*. Este Chile, a pesar de la Comisión Rettig, le parece que se construye sobre una injusticia patente, la indiferencia frente a lo atroz. En el fondo, se trata de la alegre convivencia de torturados y torturadores (¿por qué no también entre antiguos demócratas y antiguos admiradores de los totalitarismos?, se puede hacer una larga lista de polaridades). El Chile de los noventa, adepto a las cosas y a la velocidad, al compromiso y a la acción circunscrita, le parece un fenómeno inmoral y antiestético; por sobre todo, que se levanta ante el olvido de una desviación horrenda de la historia de Chile.

Ejecuciones en masa, en cientos, o matanzas en plazas y lugares públicos, se habían dado antes. Pero que quizás más de mil personas murieran después de torturas horribles, o fueran ejecutadas después de ello, es lo que complicará para siempre el recuerdo del gobierno militar (¡siempre que siga existiendo recuerdo histórico de la política moderna!). Es un escándalo particular del autor, en el que no se siente acompañado por la izquierda en los años noventa, hoy día, más *rive gauche* que *gauchiste*, sobre todo entre intelectuales; y quizás el autor se siente asqueado por la felicidad y oportunismo de otros.

Ésta es la razón, me parece, por la que le da un espacio destacado a la descripción de las torturas, con algunos ejemplos bien conocidos, pero a veces “limpiados” en la conversación habitual (“violación de derechos humanos”). Quizás, con su tendencia a sacar conclusiones generales de a veces concretos actos individuales, se le podría decir que en el período de la Unidad Popular no se protestaba contra la tortura, que ya existía y había existido. Esto en nada invalida el hecho de un decisivo cambio cualitativo en los años de la DINA. Moulian no quiere que se olviden detalles, como la muerte de Lumi Videla, por “asfixia, producto de una obstrucción de la boca y la nariz estando el cuerpo de cúbito ventral”, por añadidura, parece que después de un mes y medio de detención y torturas; o las fracturas en el cuerpo de Marta Ugarte, antes de morir. Es posible que gran parte de la emoción de la que arranca el libro tenga como eje el conocimiento de estos hechos, y de que no parecen ser importantes para los chilenos de hoy.

Era extraño que desde la izquierda no hubiera salido en estos años de la segunda mitad de los noventa un lamento de este tipo. No podemos contar como tales las quejumbres de quienes apoyaron a GULAG y lamentan que el “paraíso del proletariado” no se hubiera realizado en estas costas. Olvidándose de esto, sin recapitarlo ni añadir palabra reflexiva, que equivale a enmendar, son vitoreados en las páginas sociales de los noventa por su eficiencia literaria. En cambio, la salud de la *polis* siempre requerirá que alguien rescate a *su* alguien, que es lo que hace Moulian. El olvido de gran parte de sus presupuestos por parte de la antigua izquierda fue un elemento insoslayable de la transición y de la calma de los noventa. La rapidez con que ocurrió ha dejado una sensación de cierta falsedad que no da certeza para el futuro. Anotemos que cada grupo muestra en Chile —y por doquier— su olvido específico.

Como contribución para entender la presencia de la DINA, existe una comparación que merecería mayor atención en la literatura y en el recuerdo político (que, como toda conciencia histórica, *también* es mirada al presente). Una vez interiorizado el yerro moral de la existencia de la DINA, queda por saber cuán necesaria era para la funcionalidad del sistema. Esto último parece ser evidente para Moulian. Aquí no lo puedo desarrollar *in extenso*. Sólo apuntar que en los tensos y muchas veces sangrientos enfrentamientos de los años ochenta la CNI estuvo muy, pero muy lejos de los parámetros de la DINA. Incluso desde su fundación en 1977, hasta 1983, con pocas excepciones (la más terrible, el asesinato de Tucapel Jiménez), ejerció las actividades “normales”, “mínimas”, asociadas a cualquier régimen autoritario, lo que moralmente no podían ignorar los miembros de la Cámara que en agosto de 1973 pidieron una intervención militar.

En otras palabras, debería profundizarse la pregunta de si este régimen semiinstitucional y semipersonal requirió realmente de este ensayo de terror absoluto —al menos para una parte de los actores políticos—, como afirma Moulian; o si fue el resultado “azaroso” de la decisión de personas y de atmósferas propicias establecidas por la polarización de comienzos de los años setenta. Los excesos de los ochenta (quemados, degollados) resultaron no de la acción de la CNI, sino que de los agudos enfrentamientos, aunque pudo haber habido algo de la “tradicción” de la DINA⁴.

En la Tercera Parte, la “dictadura constitucional”, me detendré menos. La crisis económica es tratada con alguna superficialidad, como también la hazaña casi sin precedentes de la recuperación posterior. En cam-

⁴ Sobre este tema, y en general para toda esta parte, *cf.* mis ensayos “Una historia sepultada” (1991), y, sobre todo, “¿Decadencia o recuperación? El Chile de Pinochet” (1995a).

bio pone más atención en el itinerario de las protestas y en la estrategia del gobierno militar y, sobre todo, de Pinochet, así como en la incapacidad de la oposición para oponer una propuesta política frente a un poder que se afirmaba en algo más que la fuerza bruta. Muestra, como se decía, muy inteligentemente el vínculo entre las “protestas” y la toma de posición política, como las negociaciones posteriores, las diferencias de los grupos. El objetivo de su ensayo en esta parte es no perder de vista la totalidad del aspecto. Se pierde algo de la sensación de incertidumbre, del papel del “azar”, pero esto no se le puede criticar severamente a un libro como éste. La obra alcanza momentos magistrales cuando analiza las motivaciones y percepciones según las cuales se movían los actores de la oposición, así como la UDI y la entonces Unión Nacional.

Aunque reconoce la derrota de la estrategia confrontacional de la oposición, no aprecia lo suficiente ni el carácter violento de una parte de las protestas, ni el terrorismo muchas veces encaminado a provocar excesos por parte de las fuerzas gubernamentales (como los asesinatos al azar de carabineros de franco), ni la política de Fidel Castro de hacer imposible una salida pacífica para el “caso chileno”. En general, una vez más, se debe anotar la escasa o nula referencia a la evolución de la política mundial. En muchos sentidos, los factores que hicieron posible la vuelta pacífica a la democracia fueron: el Acuerdo Nacional, la consolidación de la Concertación para el No, la aceptación del régimen de efectuar un plebiscito correcto y, sobre todo, el que la mayoría de los actores políticos aceptaran el modelo occidental de política y sociedad como *el* modelo.

Sin embargo, nuevamente es la impersonalización del lenguaje del libro lo que hace que se debilite su aporte a la comprensión del “Chile actual”. Podemos tomar un ejemplo en las siguientes líneas:

No es posible subvalorar la eficacia de esa práctica discursiva, obstinada, constante, diversificada, realizada a través de un poderoso dispositivo comunicacional, casi monopolístico. Pero también realizada con la mística de los predicadores y con la capacidad educativa de quienes saben que deben modificar la estructuración del sentido común. De quienes, basándose en la experiencia de las grandes ideologías de los sesenta (marxismo y social cristianismo), aprendieron que para imponerse debían modelar razón y subjetividad. No es posible subvalorarla porque todavía impregna a la sociedad chilena (p. 315).

El texto se refiere a la legitimación del gobierno militar por medio de un lenguaje económico que de otra manera se llama “neoliberal”. Hay un hecho básico —la búsqueda de una justificación general— que es inne-

gable, pero que lleva consigo dos ideas que distorsionan: la de las fuerzas impersonales, nuevamente, y la de una racionalización y manipulación omnicomprensiva. Éstas sólo se pueden dar en la Idea de Hegel, pero no en la multiplicidad contradictoria y aleatoria de la vida histórica. Asimismo, estas palabras refuerzan la impresión de que el autor diseña el mito que cree tener ante sí, como si su objeto fuera un ente autosuficiente.

Nada se dice acerca de la viabilidad final de las ideas de la Unidad Popular; de la atmósfera mundial de crítica al marxismo, especialmente de los “nuevos filósofos” franceses de la segunda mitad de los años setenta; del convencimiento de una gran mayoría de la izquierda chilena en el exilio de que los sistemas totalitarios no representaban ni el “progreso”, ni más generalmente un orden humanamente deseable. Da la impresión de que aceptar el mercado no tiene nada que ver con el reconocimiento de una naturaleza de las cosas, sino como mera táctica del tiempo. ¿Por cuánto tiempo? Me parece que ninguna dialéctica al antiguo estilo lo puede señalar. El enfoque puramente “nacional” del autor y sus hipótesis pueden ser un método legítimo, y no es poco lo que iluminan, pero se deben apuntar sus evidentes debilidades.

Sobre todo, porque Moulian aspira a “desmitificar” no en un sentido banal, sino que en la reafirmación de un antiguo supuesto de parte del pensamiento moderno, de la *falsedad* esencial de nuestra realidad. Su honestidad intelectual le impide mostrar una alternativa “realmente existente”, pero encamina al lector a una actitud de negación, que no por su *allure* romántico deja de merecer una pregunta que la deconstruya. Menos pedantemente, que muestre sus debilidades para entender nuestro tiempo e introduzca al “Chile actual”.

El olvido como cimiento del presente

Moulian, como tantos otros, hace mucho de la famosa y ambivalente cita de Nietzsche acerca del conocimiento histórico y de los historiadores. La fijación en el pasado desgasta las energías para afrontar el futuro, mella la vitalidad necesaria para la vida. Por otro lado, como la vida y obra del mismo Nietzsche lo demuestran, todo conocimiento requiere de una distancia, de una enajenación respecto de la experiencia inmediata. La historia como disciplina autónoma adquiere fuerza cuando el sentido lineal del tiempo, propio del cristianismo y de Occidente, pasa a animar la cultura política de la modernidad. El “¿hacia dónde vamos?” de De Tocqueville refleja la posición particular que ocupa el sentido de la historia en la política moderna y en la conciencia del hombre de los últimos siglos. Por otro

lado, las cursilerías de la “post-modernidad” deberían saludar la indiferencia hacia el pasado, que es un creciente rasgo de la cultura de nuestro tiempo.

Sin embargo, todavía no se puede decir que sea un movimiento ineluctable. En los debates públicos de muchos países en este siglo se pueden encontrar las mismas lamentaciones. En toda sociedad moderna ha nacido la idea de “las lecciones del pasado”, y siempre aparece el observador que hace ver que no hay lección carente de ambigüedad. La historia es un oráculo, decía Hugo von Hofmannsthal, y su palabra siempre estará provista de más de un significado. Es más que cuestionable que exista *una* lección acerca de la historia; lo que se puede pedir de todo ser humano es que experimente el proceso de madurez asociado al paso de los años.

¿Es posible esto para un país? El fin de la Guerra Fría por implosión de la principal sociedad marxista, ¿fue un acto de madurez de un sector de su clase dirigente, el que además hubo de recordar rápidamente su propia historia antes arrojada al “agujero de la memoria”/“basurero de la historia”? Por último, no olvidemos que lo del olvido, además de ser una constante de la sociedad humana, ha tenido rasgos concretos en la historia de Chile. Se dio en las revoluciones del siglo XIX, empezando por la primera, la Independencia; al día siguiente de consolidada ésta, ya no hay más “realistas”, se han fundido en el naciente “chileno”; más cerca, al poco tiempo de caída la “dictadura de Ibáñez”, los frentes se entrecruzan y once años después el “ex dictador” es candidato presidencial de la mayoría de los que lo habían expulsado del poder. Veamos rápidamente las tesis de Molian sobre nuestro tiempo.

Revolución capitalista, desrealización y “gatopardismo”

Si hay que referirse a este aspecto, es porque para Moulían la “matriz” de nuestra actualidad es la “revolución capitalista y [...] una duradera dictadura revolucionaria” de ese tipo. El “Chile actual” estaría definido por la resistencia a la “historicidad”. La elite dirigente, fundamentalmente la Concertación, operó por una estrategia que aceptaba el legado de la “revolución” y colaboró en el “blanqueo”. La democracia de ahora “consiste en garantizar la reproducción de un orden social basado en la propiedad privada, la limitación de la acción colectiva de los asalariados y la tutela militar en la política” (p. 47). La crisis de la política sería la que produce el neoliberalismo, que no conlleva proyecto alguno, que es la “petrificación de la actualidad”. Se trata del debilitamiento de las “ideologías transformistas” y del reinado del “ciudadano *weekend*”.

Al hablar del desarrollo económico, aparece el “ciudadano *credit-card*”. Describe y da cifras sobre el desarrollo económico, apuntando con acierto a lo difícil e inicialmente contradictorio del mismo. El crecimiento anual entre 1973 y 1989 fue aproximadamente el mismo que entre 1961 y 1970. Pero enseguida muestra los puntos de quiebre y no se le oculta que muchos aspectos del consumismo no son más que un populismo disfrazado, como lo dijera Jorge Edwards en 1982. Para Moulian esto adquiere rasgos antihumanos. En la mejor tradición del joven Marx (y de partes de *El capital*), afirma:

¿Qué es el “espíritu mercantil”? [...] Consiste en un utilitarismo, en un amor apasionado al dinero. En esta trasmutación entre objeto y dinero, en este volcamiento del deseo particular del valor de cambio, es donde se produce la fetichización y se distorsiona la conexión entre deseo y placer (p. 118).

En esta línea, el consumismo no llevaría a realizaciones humanas, sino que a esta fetichización que se concreta en la “artificialidad”, del cual el *mall* es su monumento más llamativo. Parte de este orden es la “naturalización” del mundo actual y conduce directamente al conformismo: “¿Para qué criticar un mundo que no se puede cambiar? Preguntan los conformistas-fatalistas[...] ¿Por qué no vivir lo posible? Se interroga la creciente falange de conformistas-pragmáticos.”

Este tono apocalíptico recuerda el rigorismo de la izquierda desde la Ilustración, con la condena a la acumulación, prefiriendo en cambio la orientación a un mundo prehistórico. Pero el autor tiene su complejidad, y parece agitar un tirón de orejas a la izquierda nostálgica de una alternativa inmediata, cuando llama al orden:

Pero hay otro conformismo, que es profundamente pesimista, que conduce al fatalismo, o sea, a consagrar la omnipotencia de la dominación, a través de teorías, cuya negatividad alcanza al presente y al futuro y alimenta la impotencia (p. 122).

A pesar de esta precaución —y honradez—, me parece que Moulian no escapa a su lógica de condenación del presente, de *reacción* ante el movimiento de la historia. La historia concreta del Chile actual es el repetido “transformismo” que permitió una operación de “gatopardismo”, que es la larga preparación, desde los años de Pinochet, de la conservación de las estructuras bajo los “ropajes democráticos”. De ahí a la situación del presente: esta democracia en gran medida falsa, el individuo alienado, el consumista, la violencia de la gran ciudad.

Sentido de un rechazo

A pesar de la advertencia anterior que hace Moulian, y si no creemos que Chile es un caso único de “excepcionalismo” (de lo que él mismo se reíría), sino que una sociedad histórica en la que con particularidad se han librado los dilemas de la política mundial en el siglo XX, traducidos al “chileno”, entonces hay que calificar la interpretación del autor.

El rechazo a la historia ha sido un elemento poco atendido en la tradición del socialismo y de la izquierda en general. Ello se debe a que en la formulación que le entregó Marx, destella con más fuerza la confianza “progresista”, pero en el mismo pensador se da la tesis de que la sociedad “capitalista” (o su “actualidad”) representa la máxima alienación en el desarrollo de la historia⁵. El post-marxismo y otras poderosas corrientes de las dos últimas décadas, principalmente perspectivas difusas como el post-estructuralismo y la deconstrucción, han contribuido a destacar este sesgo interpretativo. Para ello, dicho sea de paso, les han dado un protagonismo, impensado hace dos décadas, a pensadores como Nietzsche y Heidegger, sobre todo en sectores que como grupo los miraban con alguna desconfianza. La condenación de la modernidad *desde* el suelo de la modernidad no es algo nuevo; sólo que tiene un cambio paradójico en estas dos décadas, en Chile particularmente en los años noventa, de lo cual Moulian, con las calificaciones antes vistas —especialmente su realismo—, es un caso ejemplar y ahora espectacular.

Al contemplar el decurso del siglo, los choques entre la democracia y el totalitarismo como parte de diferentes apuestas de la modernidad, y mirando la historia de Chile, que en general ha preferido un tipo de orden que evolucione hacia el centro⁶, no es extraño que se haya producido lo que el autor llama “gatopardismo”. Se echa de menos en el autor una atención hacia un deseo subterráneo pero palpable de una amplia mayoría del país,

⁵ La base interpretativa sobre la que me muevo está inspirada en Ernst Nolte, *Marxismus und Industrielle Revolution* (1983).

⁶ Recientemente se ha sostenido que orden y desorden son consustanciales a nuestra historia, como dos caras de un mismo fenómeno, “que se retroalimentan”. Alfredo Jocelyn-Holt, *El peso de la noche. Nuestra frágil fortaleza histórica* (1997), esp. pp. 200-203. El autor ofrece una explicación en muchos sentidos convincente para la historia de Chile. Nuevamente hay que poner énfasis en que toda sociedad es una combinación de orden y desorden, en la que no siempre la valoración positiva tiene que recaer sobre lo primero, aunque es el presupuesto del “desorden”. Para el caso chileno he señalado algo similar en mi reciente libro, *Abismo y cemento. Gustavo Ross y las relaciones entre Chile y EE. UU. 1932-1938* (1997), pp. 35-41. Sobre la tendencia hacia el “centro”, Arturo Fontaine Talavera, “Significado del eje derecha-izquierda” (1995); también Joaquín Ferrandois, “¿Qué futuro tiene la diada derecha-izquierda?” (1995b).

en los años ochenta, de identificarse con un terreno convergente. Esto fue ayudado por la evolución política de la antigua izquierda, en parte porque experimentó en vivo lo que era una realización “real” de los sueños, el marxismo en el poder. Si se me permite un recuerdo, ahora veo como premonitorio lo que en la segunda mitad de los años setenta expresábamos en ciertos grupos, en mi caso, académicos, de desarrollar espacios que estuvieran más allá de la polarización en que había caído el país. Éramos parte de ese regreso hacia el centro.

La cultura política del Chile actual es hija del cansancio con esa polarización. Pero el deseo de paz se fue probando más universal, aunque primariamente en éste también hubiera miedo al salto al vacío. El mismo Moulian lo muestra en la detallada descripción de la evolución de las protestas. Más poderosamente en la clase política chilena de oposición, se superó la Guerra Fría antes de su término oficial. Éste fue el presupuesto esencial de la transición, resultado de una transacción: Pinochet no pudo triunfar plenamente, como lo debe haber dado por hecho la noche del 11 de septiembre de 1980, y sólo una ínfima minoría de sus opositores deseaba volver realmente al 10 de septiembre de 1973.

La transacción es “gatopardismo” si se quiere, pero sin connotaciones peyorativas. Ha dado paso a la década más tranquila de la historia del país, a pesar del hecho cierto de la “violencia de las ciudades”, y se comprobó que el “subdesarrollo” no tiene por qué ser una maldición eterna. Ciertamente el país tiene que afrontar los desafíos que de allí surgen, pero el autor de estas líneas pone la mano al fuego que el Chile actual será mirado con una tremenda nostalgia cuando ya no lo tengamos, y nuevos cambios tectónicos vuelvan a provocar que otras generaciones piensen lo mismo que hacían sus pares en la segunda mitad de los setenta: que el “Estado de compromiso” tenía sus virtudes.

Examinemos un instante un ejemplo de la indignación moral de Moulian. Es el caso de su análisis no carente de lucidez de los *malls*⁷. Es magistral cuando se refiere al carácter de “consumoseudocosmopolita”, o a lo *kitsch*. Luego afirma que aparte de generar “la impresión de [que] pobres y ricos pueden pasearse con igual derecho [...] no se capta que en el mall cada individuo, cada grupo está sometido a la estrecha vigilancia de múltiples ojos, que evidentemente ponderan la apariencia, discriminan” (p. 114). Esta técnica de denuncia, de ver a toda sociedad como una suerte de 1984,

⁷ Esto, para mí, tiene su toque paradójico. En 1980 “predije” que el chileno no iría jamás a un *mall*, ya que no estaba en su carácter, sobre todo teniendo en cuenta el poco éxito de los “caracoles”. ¡Qué poco sospechaba la universalidad de mis compatriotas!

impide una real discriminación, que a fines del siglo XX ¡es tan evidente! La primera experiencia política de la izquierda después del 11 de septiembre fue ver que no todo era “formal” en la democracia burguesa. Del mismo modo, ser escépticos ante el puritanismo nos puede hacer ver que *una* cuota de felicidad legítima es solazarse con algunos bienes adquiridos.

La extrañeza y artificialidad que nos pueden producir los *malls* en nuestros días, ¿no habrán tenido su analogía, hace unos 200 años, cuando se formaron las primeras tiendas que ofrecían diversos productos con publicidad en una misma calle? Se terminaba la comunidad que se bastaba en lo esencial a sí misma; se terminaba el almacén familiar que vendía “de todo”. No sentir nostalgia por ese mundo hubiera sido inhumano. No creer que lo humano puede recrearse en otro tipo de formas materiales es poner en extrema vulnerabilidad a las sociedades. La autolimitación sigue siendo uno de los mandatos de nuestra época, como lo señaló Solzhenitsyn; pero ello sólo adquiere sentido más allá —y no más acá— del desarrollo fabuloso de las fuerzas productivas creadas por la economía moderna. Lo otro es el totalitarismo, el empeño autocentrado de una minoría iluminada por imponer la “felicidad” sobre el reacio ser humano.

Otro ejemplo en donde me parece ver este rechazo no solamente a lo moderno, sino que también a las particularidades inmanejables del ser humano, está en las siguientes líneas:

El sueño chileno de la casa con jardín y si es posible con patio, refleja un tradicional *ethos* individualista-hedonista, una obsesión por no compartir espacios comunes, una idea pequeño-burguesa de la vivienda como propiedad de libre disposición [...] Existe una noción privatista del uso del espacio, que no se hace cargo del problema de la escasez de suelo (p. 127).

Este tipo de referencias está acompañado de otras afirmaciones que se pueden compartir, como que *también* hay que pensar a la sociedad en su conjunto; o sobre lo jactancioso de los grupos dirigentes de nuestro país (en general, de las sociedades latinoamericanas). Pero se condena como fuera de la racionalidad humana el anhelo “pequeño burgués” de “lo propio”, aunque muchas veces linde en lo ridículo o en lo hipócrita. Sin embargo, ¿existe comunidad humanamente deseable sin que se dé un refugio en la representación material del hombre y los suyos? ¿No es lo “pequeño-burgués” uno de los componentes con los que se puede y debe construir la civilización moderna (en un sentido más extenso, toda civilización)? Si tomamos muy en serio estas palabras de Moulán, habría que pensar que el autor se coloca entre quienes miran como decadencia todo el proceso de diferenciación, como si soñara con una homogeneización.

La orientación hacia la igualdad es connatural a la izquierda, como lo ha señalado Bobbio⁸; pero el rechazo a la diferenciación y la emoción igualitarista conllevan una propuesta de “fin de la historia” que era natural al marxismo. Moulian no llega tan lejos, pero este problema no está resuelto en su libro. Como grito de herido tiene muchos puntos a su favor; como guía para la interpretación de nuestra época está provisto de escollos, que son las valoraciones radicales que efectúa, claramente negativas del presente. Rechaza las consecuencias absolutas de sus propias demandas implícitas; tampoco parece ver que al menos podría haber “una larga marcha a través de las instituciones”, como decía Cohn-Bendit, quizás el primer “post-marxista” en su momento, lo que podría ser mirado como una estrategia post-marxista de la actualidad.

Existe un horizonte paradigmático para Moulian. Se llama el “transformismo”. En lo poco que se lo define, aparecen esas dudas y contradicciones en las que se ve envuelto —aunque no empantanado— al autor. Al tocar el tema del sentido de la historia, se distancia, en analogía con el post-marxismo, de la tesis del “fin de la historia” (p. 55). Se mantiene el campo de lucha de fuerzas. Pero ¿qué es el “transformismo” que el autor echa de menos, pero al que *también* considera insuficiente? Sepultado en una nota nos entrega una clave para interpretarlo: “Como se sabe, asimilamos transformismo a un cambio puramente adaptativo, una forma de la reproductibilidad que anula el surgimiento de la historicidad” (p. 154). Aquí llegamos al núcleo de la obra. El *Chile actual* ve en el Chile actual un cercenamiento de la posibilidad de acceder a un sustrato histórico: ¿las raíces? ¿una dinámica específica? ¿una lógica de alternativas que se decide en el campo azaroso del combate?

Me inclino a creer que aquí funciona la traducción política del romanticismo como escuela de interpretación histórica. Hay un trasfondo del alma, un *Volksgeist* que sería el sustrato verdadero de la historia. El Chile actual sería un sofocamiento del mismo, aunque por ahora, aparte de la denuncia, es poco lo que se pueda hacer. Esto lo refuerza con sus repetidas alusiones a una tendencia historiográfica —que sigue las modas y tendencias mundiales que no son necesariamente fieles al sustrato histórico— que quiere encontrar una historia más verdadera, hasta ahora “reprimida” por la historia “oficial”.

En cuanto conocimiento histórico, nada hay que objetar. Diferente es como interpretación histórica, que de algún modo involucra una actitud

⁸ Norberto Bobbio, *Derecha e izquierda. Razones y significados de una distinción política* (1995).

existencial ante nuestro tiempo. La elección entre la “historicidad” y lo “posible”, como con cierto desprecio se refiere Moulian a la acción pública de la actualidad, es una polaridad terriblemente engañosa. Sobre todo, porque en nuestro siglo que termina se ha visto hasta la saciedad la inhumanidad —en la que todos incurrimos o pudimos incurrir— cuando se proclama a una realidad particular como hierofanía. La búsqueda de lo absoluto —que no pocas veces es manipulación en la *struggle for life*—, como llamado a la acción, puede erosionar el único suelo posible donde puede surgir una crítica en muchos puntos tan deseable como la de Moulian.

Promesa y peligro del presente

El Chile actual es ofrecido como producto de excelencia a lo largo y ancho del mundo. No pocos, conociendo sus diversas caras, enojecemos. Igualmente, con un poco de conocimiento de nuestra historia, al menos el autor de estas líneas no puede coincidir en la satanización implícita de esta década. ¿No se quería la paz? No es poco lo que se ha logrado; pongámonos por un instante en el pellejo de los hombres y mujeres de hace 10, 15 ó 20 años; o de 25 años atrás, en los días posteriores al “paro de octubre”. ¿La “historicidad” nos debe condenar a volver a esa dialéctica? También el desarrollo económico, antes elusivo, se ha demostrado al menos como dentro del reino de lo posible; es lo que se busca de manera expresa en Chile desde el siglo pasado. ¿Es que ahora algunos, en la década de los noventa del segundo siglo de existencia republicana, “descubren” que hay que rechazarlo como una totalidad, y no sólo denunciar sus insuficiencias y rines oscuros? Dos reflexiones para terminar.

La posibilidad de crítica en la política moderna está relacionada con la sociedad que la contenga. Uno de sus presupuestos es la distinción entre Estado y sociedad civil. El Chile de los noventa se inaugura con una sociedad civil económica reforzada, con una base de la que carecía el “Estado de compromiso”. Su sociedad civil política tiene una experiencia internacional muchísimo mayor, y ha estado sustentada por el anhelo de convergencia del que ya se habló. Pero también la situación política estaba y está indisolublemente relacionada con la política mundial, como lo ha estado a lo largo del siglo (si no fuera así, ¿habrían algunos chilenos redactado espontáneamente, por la fuerza de su propia historia, sin lazos con el exterior, por ejemplo, el programa de gobierno de la Unidad Popular?).

De esta manera, también nos aqueja “el malestar con la política”, justicieramente denunciado por la crítica. Si se piensa que se necesita de un paradigma como el que hizo nacer a los sistemas totalitarios para que haya verdadera oportunidad de alternativa, ¿no existe una fatalidad mucho mayor que toda anomia actual? Quizás, como Moulian lo parece aceptar por ahí y por allá, la idea de volver a enseñar o indicar *a cada cual* cómo afrontar su destino en la sociedad actual puede ser una tarea no menos importante para conservar el sentido de lo público. Sobre todo, y esto no lo digo pensando en Moulian, no es moralmente aceptable la crítica que propone un camino que primariamente sólo se aviene con los estilos de vida de nosotros los intelectuales, lo que también es válido para las recomendaciones de estilos particulares que pretenden imponerse a una generalidad.

El peor panorama que podría acaecer sobre el país sería que su clase dirigente llegara a avergonzarse de lo alcanzado en su esencia, y no sólo de las lacras identificables. El país ha dado un salto material cualitativo, pero se encuentra ante la experiencia producida desde la Revolución Industrial en adelante. Como quiera que se le llame, “economía de mercado”, “capitalismo”, “industrialización”, “globalización” (económica), desde su aparición ha sido un fenómeno a veces saludado como necesario, pero en general no amado. Apenas se da un momento de reflexión, se ve que la adquisición material puede ser el “beso de la muerte”; también, apenas la renuncia a ella adquiere la connotación de un proceso forzoso, se dejan caer los mayores males sobre hombres y mujeres. En las primeras etapas de todo desarrollo ha habido siempre una concentración de la riqueza que es denunciada ardorosamente (donde hay crítica, como en la política moderna). En mayor medida en sociedades como la nuestra, por la jactancia de sus clases dirigentes, a las que se suma más intensamente todo actor que arriba a sus orillas, lo que en Chile ha sucedido desde siempre. El problema de la sociedad adquisitiva es una prueba básica de la modernidad, que no es lo mismo que la avidez general en las sociedades pre-modernas. Es el precio de poner muchas “cosas” al alcance de mucha más gente (aunque, casi con seguridad, jamás llegarán a todos).

Chile afronta este problema en nuestros días. El golpe de timón conducente hacia un fortalecimiento de la sociedad civil económica provocó no poco sufrimiento en el camino, aunque esto haya sido olvidado por moros y cristianos en Chile (nuevamente el tema de la memoria y del olvido). Trae asimismo los males asociados en *todas* partes con el creci-

miento económico. Un examen al factor mítico de nuestro tiempo tiene que moverse dentro del balance precario de la sociedad humana⁹.

Por último, Chile ha emprendido su apuesta material tratando de adaptar al mismo tiempo una turbulenta historia política reciente. A ello se le agrega una sociedad que es la reproducción mestiza de aquella parte de Europa fundante en lo cultural, pero que no fue la vanguardia en la creación de lo moderno. Esto ha dejado al país austral, y a otros similares, en una relación dificultosa pero no imposible a la hora de realizar su “revolución industrial”. Más que en las cifras, esto lo puede advertir cualquiera que mire nuestro tránsito y transeúntes y los compare con los de una sociedad “desarrollada”.

Chile claramente no ha sido un “trading State”. Éstos, o las ciudades-estado dedicadas al comercio (Venecia, la Liga Hanseática) no eran meras factorías, sino que convivían con una civilización. El Chile republicano ha sido un Estado, un país, en medida comparativa, una “nación” en el sentido de Renan (“plebiscito cotidiano”), y ha experimentado una política no poco sofisticada. No se oculta que no es una “democracia social”, como mayormente lo es Argentina, pero se ha ido transformando socialmente, ahora quizás más que nunca. La incorporación material de lo moderno es posible, salvo que creamos en una condena por algún pecado original. Nos depara, sin embargo, dificultades, angustias, ilusiones y obstáculos formidables. Esto es lo que señalaba, entre otras cosas, el tan citado *Ensayo histórico de la noción de Estado*, de Mario Góngora. Debiera ser un punto de partida de la palabra que quiera entender e interpretar estos años que se pueden sentir tan extraños, y que nos son tan propios.

⁹ Aun partiendo desde una perspectiva culturalmente crítica del Chile actual, Bernardo Subercaseaux intenta ofrecer un balance en su libro *Chile, ¿un país moderno?* (1996). En obras de análisis, y que intenten algún balance, el tema del Chile actual no ha pasado inadvertido. Una autora más optimista, aunque casi sólo ve herencia negativa de las décadas anteriores, es Lois Oppenheim, *Politics in Chile. Democracy, Authoritarianism, and the Search for Development* (1993). Con algo de excesivo optimismo, pero ofreciendo un excelente contexto y una rica narración histórica, Simon Collier y William F. Sater, *A History of Chile, 1808-1994* (1996). Me permito añadir a Joaquín Fernandois y Michael A. Morris, “Democracy in Chile. Transition and Consolidation, 1987-2000” (1995c).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bobbio, Norberto. *Derecha e izquierda. Razones y significados de una distinción política*. Madrid: Taurus, 1995.
- Collier, Simon; y Sater, William F. *A History of Chile, 1808-1994*. Cambridge: Cambridge University Press, 1996.
- Deák, István. "Memories of Hell". *The New York Review of Books*, XLIV, 11 (26 de junio de 1997).
- Fernandois, Joaquín. "Una historia sepultada". *Estudios Públicos*, 42 (otoño de 1991).
- . "¿Decadencia o recuperación? El Chile de Pinochet". *Estudios Públicos*, 46 (otoño de 1995a).
- . "¿Qué futuro tiene la dfada derecha-izquierda?". *Estudios Públicos*, 60 (primavera de 1995b).
- y Michael A. Morris, "Democracy in Chile. Transition and Consolidation, 1987-2000". *Conflict Studies*, 27 (marzo-abril de 1995c).
- . *Abismo y cimiento. Gustavo Ross y las relaciones entre Chile y EE. UU. 1932-1938*. Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile, 1997.
- Fontaine Talavera, Arturo. "Significado del eje derecha-izquierda". *Estudios Públicos*, 58 (otoño de 1995).
- Góngora, Mario. *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*. Santiago: 1981.
- Jocelyn-Holt, Alfredo. *El peso de la noche. Nuestra frágil fortaleza histórica*. Buenos Aires: Ariel, 1997.
- Mill, John Stuart. "M. de Tocqueville on Democracy in America" (1840). En Geraint L. Williams (ed.), *John Stuart Mill on Politics and Society*. Fontana Press, 1985.
- Moulian, Tomás. *Chile actual. Anatomía de un mito*. Santiago: Lom, Arcis, 1997.
- Nolte, Ernst. *Marxismus und Industrielle Revolution*. Klett-Cotta, 1983.
- Oppenheim, Lois. *Politics in Chile. Democracy, Authoritarianism, and the Search for Development*. Boulder, Co.: Westview Press, 1993.
- Subercaseaux, Bernardo. *Chile, ¿un país moderno?* Santiago: Ediciones B, 1996. □